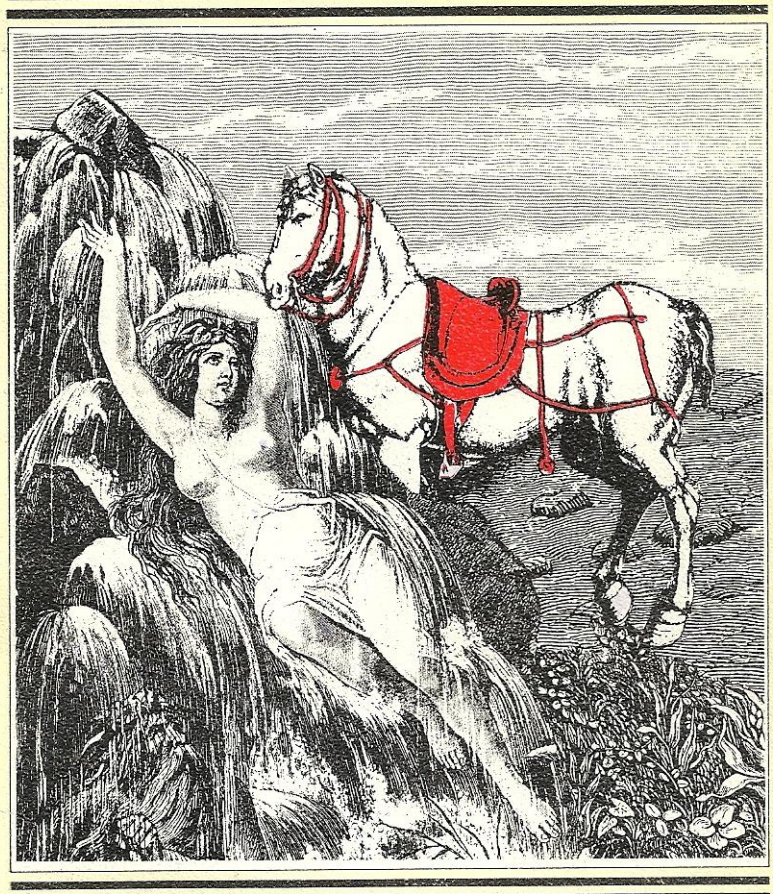
Ernesto Lumbreras

EL CIELO



letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

EL CIELO (1998)

Para Roxana. Para Andrea

Para Francisco Hernández

P R I M E R A P A R T E

non v'accorgete voi che noi siam vermi
nati a formar l'angelica farfalla
che vola a la guistizia sanza schermi?

Dante Alighieri

EL CIELO

El que se den unidamente el respiro y la visión, y no como simple posibilidad sino en el acto, es ya un alto, puro cielo.

María Zambrano

*

El cielo es un *sauce desbordado*. Entre sus ramas el sol es una oropéndola.

*

Lo anterior provocará burla en los bribones. No me importa. El cielo es un sauce desbordado. Contiene en sus ramas, además de la oropéndola, un relámpago en reposo. Otra cosa es su *reunión de violonchelos*. Graves como piedra de arroyo. Tibios como una verdad.

Ríanse *vagos de esquina*. No debe importarme. Buscando mi alma entre las *llaves de San Pedro* me encontré un chorro de agua. Ahora sin dilación de pluma puedo decirlo. El cielo es un sauce desbordado. Todo su follaje es una oración.

*

exclamación o escaramuza de ardillas:

¡Cielo de San Francisco eres en Robert Frost
una colina verde, una colina verde!

*

También es una colina verde. Cómo no estar de acuerdo. En su césped *el horizonte arde*. Yo en cambio corro hasta su cima deseando encontrar un hacha de piedra o el cráneo de un toro.

No les creará problemas estar de acuerdo conmigo. Una astilla de palomar en la hierba puede darnos la razón.

SAUCE DESBORDADO

Su follaje: la piedad de quien duerme un corazón entre abejas.

Su tronco: la lección de tinieblas de una parvada / la primavera en una brizna de escarcha.

Su raíz: una larva de serafín en la sangre / lo múltiple de una hora de junio / el sol de las oraciones que nadie oye.

REUNION DE VIOLONCHELOS

Copular y llover me recuerdan la noche blanca de un sauce. No siempre fue así. Antes poseía un deseo de piedras fósiles cuando la eyaculación (ojos de hormiga) anunciaba para mí una flama de alcohol.

Ahora el culo de Helena (una alusión más festiva del cielo) me turba con su fuelle: espiral de petirrojo / grifo sin vocación. Ahora la penetro dormida con una lumbre de rosas. Ahora la penetro despierta con un aguacero. No siempre fue así. Copular y llover, en un tiempo lejano, no alumbraban recuerdos de ninguna noche blanca en ningún sauce.

Un caballo bebe luz a la orilla del cielo. Toma la sed con cautela de sapo entre nenúfares. En sus ojos, el otoño trama un molino de agua. A todos les pediré no asustarlo con monturas y espuelas. Un caballo que bebe nubarrones sólo reclama nuestra mirada.

ϕ

Un gusto de castores en su fuente aturde mi corazón. Pensé en belfos de diablo cuando sobre un campo amarillo, el cielo dejaba fluir una leve parvada. Mi emoción, una ausencia de sal en la noche, contuvo sus labores de riego.

¿Qué espuma beber entonces, como semilla de cópula, leal a las constelaciones de un sauce? Habrá una aurora de frutos amargos para saberlo.

VAGOS EN UNA ESQUINA BLANCA

En una esquina blanca se oyen estas voces:

sabe a lumbre *arroyo* *más noche*
puro corazón

grifo sin gracia
puta enamorada *vinagre*

Uno de ellos observa el cielo. Le hunde el pensamiento. Lo satura de sílabas: chaparrón sobre un bosque / parvada sobre un estanque. Acaso desea una torre de caracol para sosegar la noche. Acaso reniega de un pubis húmedo, si sus amigos, prenden candela a un cordero dormido.

LLAVES DE SANTO

Escucha, San Pedro, esta pequeña historia:

San Luis el Rey mandó a Ivo, obispo de Chartres, en embajada, y éste le refirió que en el camino encontró a una matrona grave y airosa, con una antorcha en una mano y un cántaro en la otra; y notando que su aspecto era melancólico, religioso y fantástico, le preguntó qué significaban esos símbolos y que se proponía hacer con su fuego y su agua. Replicó: El agua es para apagar el Infierno; el fuego, para incendiar el Paraíso. Quiero que los hombres amen a Dios por el amor de Dios.

JEREMY TAYLOR(1613-1667)

Mañana, una música que arde
habrá en tu puerta.

UNA COLINA VERDE, UNA COLINA VERDE

La escritura en un diapasón gradual: fidelidad, incertidumbre, subversión, ruptura. La escritura en un plano electivo: lo continuo, lo indivisible, lo homogéneo, lo fragmentario, lo múltiple.

ARDE EL HORIZONTE

¿Qué desavenencia de violín, ahorcado por el alma, atisba en sus amores pasados la glosa de un horizonte que arde? Siempre nos faltará algo: hielo en los ojos de la muerta, sauce en la noche de junio.

SEGUNDA PARTE

*

Nublado o sobre un lunar de alcornoques. Despejado o sobre un techo rojo.

N U B L A D O

A Coral Bracho

A rasero de espuma, las claves del septentrión, la milagrosa en lágrimas. Y si un ardor amaga la fábula de vértebras, al pobre camaleón diré: ahoga tu tolvanera, ya vendrá junio.

Me reclamas tomar un tren, ese pueblo nómada, codiciosa de un estanque de tísicos. Ahorrando tus decimales en capillas de estío, ni para esquife en tormenta de gasa o pólvora de gallo ventolero, tu desaire me gusta. Ya mis tímpanos soflaman otras auroras, que si la música alude con hogueras, el dolor de un alto ventanal gozan.

Huir así como la fiebre
en farsa de aurora o de diablo.

Por molestarte, pediré un puesto de vigía para tomar a plomo los confines. Dame para mirar: pústulas, vitriolo, peces fósiles. Veo un camaleón beber la noche. Lo veo con tu cabañuela en ciernes. Aspira la santidad de una piedra blanca. Incita los movimientos de un toro sobre una colina verde. Veo un rasero de espuma. Ni complaciente por contener linajes de cormorán. Ni melancólico por socorrer un corazón ardido. Tú me dices al desgaire: "Huir suscita hombres durmiendo. Dispersa un tráfago de brasas en la tempestad. Enquista la recolección de insectos en cópula."

Te piensa mi sangre, te siente,
con letras, un grano de polen.

Como acceso de mecer la mona, tirado sobre un campo amarillo veo el cielo. Lo veo para desatino de un caporal de usura. Un corredor de menta fugitiva veo entre sus nubes. Un resplandor de catrines veo en sus vaivenes. Si cierro mis ojos, su vasallaje de plomo me recorre la médula. Si los abro, su funeral de tordos me urde el hígado. Tirado como una vaca con un relámpago en los ojos he visto el cielo.

Una rosa sueña contigo.
Muerto pero con fiebre busco
el jardín donde esa flor duerme.

Poseído por el otoño te nombro. En Oconagua —allá pedía lodo para tu ceniza— conocí un levanta muertos. Como para ganarse mi fe hubo de confesarme: "Es como tener los ojos dentro de una piedra, señor." Bajo esa tentación, soñé mi muerte a mansalva en un cruce de vado. Tras una semana, mis pupilas empinaron el alba que retorna con el desastre de una estrella sobre un campo de maíz maduro.

Escucho una voz de fantasmas
decirme: "Deseo un pájaro
llamado **meinchas o meyoras**."

Mora en tu cordura un percherón sin freno. Tu verbo como ventana frente al bosque satura mis ojos. Dame, pues, un puesto de vigía para tomar a plomo los confines.

D E S P E J A D O

Para Myriam Moscona

Robert Frost se levanta recordando un poema
de Píndaro o de Ovidio. Después del desayuno
lo veo cortar la hierba con un panamá blanco
en su cabeza blanca. Me ha propuesto, cercado
de un centenar de ardillas: "Venga a comer a casa.
Un camino con sombra tendremos en la mesa."
Tras su mudez se esconden las pícaras de nueces
rojas y de cola ancha como un corazón bueno.
No dirá más, se aleja con estribos de fraile
a remover el sol entre las briznas de hierba.
¡Cielo de San Francisco eres en Robert Frost
una colina verde, una colina verde!

*

(**e l c a b a l l o**)

Mirémosles comer lenguas de sol o alumbrar la noche con su orina. Ahora que si el observador de tempestades nos asegura una cuadra soleada hablaremos del cielo con camarería.

Para despedirlo le daré una arroba de alfalfa. Después querrá un hormiguero para blanquear su osamenta. Ya entrada la noche escucharemos su galope sobre nuestro tejado.

(**h e l e n a**)

Ni humedad de bosque o fragor de duna. Una campana de incienso es su coño. Montarla de mediodía: labio asediado por flamas: ámbar tras la música. Sorbe un plantón de astillas. Lava mi glande en su ponzoña trémula. Ni humedad de bosque o fragor de duna. Su placer: hiel, alfileres, escarabajos. Se revuelca saturada de un corazón larvado. Montarla de noche: su rendija de boca de sapo: su landa de nenúfares: su oráculo que fuella. Hacerle llover en su claraboya rota. Mover los follajes.

(**labores de riego**)

Como quien duerme bajo un sauce, veo el cielo. Un goterón de Prusia me come los ojos. Su avidez termina en glebas de espuma. Fluir es su rabia: música de huesos. En su vastedad el colibrí toma la primavera de una isla. A la noche, el sauce de mis preguntas hunde santuarios de pólvora, legiones de plumas.

REGRESION DEL SAUCE

Palpo la noche dormida en tu fronda. Su alquimia de morir junto a una piedra blanca. Sus estrellas o sus corderos hollando la misericordia de tu corazón tan tierno.

*

Una muchacha orina al pie de tu tronco. ¡Mira, la beatitud de su grupa, la ilusión de esa linfa dorada que brota de su sexo! Cuando se va deja una charca minúscula, espumosa e instantánea. Paulatinamente sientes en las raíces un gorjeo de canario que estallará en tu rama más alta.

*

Alguacil fluvial, tu duermevela contiene un zumbar de abejas. En tu espesura se despierta el verbo alumbrar. Quien demora la visitación de una lágrima, cifra en tu emoción una certidumbre tan parecida a un nido.

*

Dormida, casi muerta, en tu follaje
la luna me parece un pensamiento,
algo así como un dios sin amigos.

*

Antes de árbol quisiste ser una casa. Antes de llanto quisiste ser un árbol. Por unanimidad eres el crepúsculo pero también el armonio, el paréntesis de la bruma, el guardarropa de un hada.

*

Desde niño ver tu combustión me fortalece.

*

Ayer soñaste un gambusino entre tus ramas. Ni se ocultaba de un tigre, ni divisaba la aurora. Lo seducía el azul lagrimal de tu copa, el dorado filibustero de tu melancolía. Deseabas no despertar, protagónico en los márgenes de la fiebre, seducido de encontrar tu corazón en otras manos.

*

Hace una enredadera de tus ramas
y se arroja, feliz, a la corriente
del río estival. Niño de los sauces,
en esas aguas ocres me he perdido
para resucitar, de vez en cuando,
en tu vértigo.

*

El otoño se ha marchado. Sin embargo, como en el poema de Rilke "*la tierra es un niño que sabe poemas, muchos poemas*". Una lírica diferente y gradual se apodera de lo que se ha ido y, con extrañeza, permanece en tu espesura: la subversión como horizonte de la memoria. El otoño se ha marchado, decía enfáticamente. Digo también, este período áureo procura su identidad en tus ramas: estación del que viaja sin escarcha en sus ojos.

Ni llegó ni si fue. El otoño en tu follaje transgrede su rango cíclico.

Es más, se *estaciona* como el pájaro carpintero en un hueco de tu tronco.

¿ H A C I A D O N D E ?

En ausencia de progreso:

0 12 123 1234 12345

Los caminos hacia la Poesía evaden la simulación, la generalidad, la repetición. Intuyen en la diferencia, no un atajo, sino la posibilidad de extravío**.**

*

Me seduce esta definición de Poesía: lo armónico. Aclaro, no estoy hablando de orden.

*

La naturaleza de la armonía es múltiple. Lo simétrico es uno de sus rostros, el más legible, evidente, de todos.

*

Quien duerme al pie de una fogata —reconstruyamos esta imagen en nuestra mente—, parece soñar un león herido.

*

Cuando miramos el fuego sentimos una presencia tutelar. Si cantar su desventura renueva el limo de nuestros misterios, confundirnos en su follaje sosiega el alma de los perdidos.

*

La poesía nos convoca alrededor de una hoguera. Pone en nuestro corazón una semilla de piedad. Para nuestros ojos guarda un escarabajo.

*

Hace tiempo sorprendí a unos niños jugando en un jardín. El juego era muy sencillo. Consistía en formar nuevas especie. Así fueron surgiendo la hormiga con dorso de ciempiés, la oruga con cabeza de chapulín, la lombriz con extremidades de avispa.

De los participantes del juego, había una niña que se demoraba en presentar su espécimen. Con una pequeña navaja, absorta y mordiéndose el labio inferior, cortaba no sé qué cosas. Por fin y ante la expectación de todos, nos permitió ver su creación: un diente de león con aguijón de alacrán.

*

Yo que miraba jugar a los niños imaginé mi invención: un niño cubierto, hasta el cuello, con hojarasca. Su nombre no podría ser otro: el otoño con rostro de niño.

Le viene bien el ocio al hacedor de poemas. Pero la poesía no sólo es acumulación, manualidades de escolar, golpes bajos a la razón. La poesía es *un asunto gradual.*

TERCERA PARTE

como quien sale de casa **enamorado de su memoria**
el polen: su oratorio. *la aurora: su fragua*
el oratorio: su centauro *la fragua: su océano*
qué pie desnudo sobre la sal remonta el viento del dragón

C U A R T A P A R T E

Para José Luis Rivas

El cielo

puede venirse abajo esta mañana

de no tener un sauce o por lo menos

un arco de violín. Por la ventana,

miraré a Dios echado de su casa

de no levantar un muro de piedra.

Una cuadrilla de albañiles llama a mi puerta. En su caja de herramientas traen una porción de música. Me hablan de nubes como de un caballo cruzando un puente.

*

Al excavar los cimientos del muro encontramos un tigre dientes de sable. Más abajo, tras dinamitar una capa basáltica brotó un río subterráneo. Empezábamos a picar piedra en el monte Purgatorio, cuando una campanilla, dulce como la noche en un jardín, nos interrumpía llamándonos a comer.

*

Mi pasión por Helena tiene nombre: *mover follajes*. Aunque también la llamo: *irrumpir en el relámpago*

*

La construcción del muro avanza. Un sentimiento de aquiescencia me domina. ¿De qué temblor o incendio esta formación de piedra nos protege? En sus extremos ordené construir dos hornacinas. En una reposa el sol rodeado de peces. En la otra, un diablo se masturba delante de un colibrí.

*

Ávido y furioso el amor satura hormigas. Ciega a su ciervo. Le impone música a la horca. Amor quiere ser invierno. Arder y dormir en mis ojos.

*

Antes de concluir el día superviso la obra. Montado en una escalera de tijera apruebo cada detalle de la edificación. Todo marcha bien. Antes de retirarme escribo con aerosol esta frase:

Los buenos cercos hacen buenos vecinos.

Finalmente marcho a casa protegido por la sombra del muro. Al doblar la esquina el sol cae a plomo. Deslumbrado, alcanzo distinguir a un hombre cargando una escalera de tijera. Se aleja dándome la espalda. De repente, como si notara mi presencia suspende su marcha y revira. Distantes uno de otro, como congelados, nos miramos. Le hago una reverencia quitándome el sombrero y él repite mi gesto de cortesía. Se da la vuelta y desaparece al final del murallón. El sudor corre en mi espalda. Pienso en el corazón de una sandía. Pienso en un ahogado rodeado de tortugas. Continúo caminando. A la distancia distingo unos garabatos en el muro. Al acercarme reconozco estas palabras:

Los buenos cercos hacen buenos vecinos.

*

Las primeras nubes chocan contra el muro de piedra. Una bugambilia roja, me aconsejan, plante junto a su basamento. Para Helena, la construcción provocó en su libido ciertas tentaciones: copular con un chorro de alcohol, parir un cangrejo.

*

Hoy es el día de la cruz. Helena destapa botellas de cervezas. Remueve la carne en el asador. Juega con los albañiles a que ella es un ojo de agua. A que le arrojan piedras. A que chapotean en sus olas. A que sobre su cuerpo desnudo miran pasar las nubes.

*

Amor dice llamarse muñón de ángel. No le creo. Lo llamo plantación de cólera. Un palomar para su insomnio siempre me está pidiendo. Para algunos la onomatopeya que emite su ano, delata su nombre verdadero.

*

Hermoso como la piedad es nuestro muro. Qué regocijo mirarlo desde una colina. Qué estupor recargar mi espalda contra su cimiento. Ayer jugamos frontón sobre su valla negra, hasta desaparecer. Ahora jugamos al paredón de los fusilamientos, hasta la resurrección.

**

Para prevenirme contra las tormentas, solicité por correo un libro llamado *El cielo.* Advierto que esperaba este libro con avidez, semejante a la de un animal previo al apareamiento. Después de casi dos meses por fin lo tengo en mis manos. Es una edición modesta, con toscas ilustraciones en su interior, con pasajes escritos, desde una erudición doméstica a una enquistada perorata científica. En compensación, descubro a vuela página momentos afortunados, párrafos seductores que aceleran el pulso de mi sangre. En uno de éstos, tras el apunte sobre el contacto de un cúmulo contra una montaña, su autor cierra la nota, evidentemente emocionado, con dos versos de Joao Cabral Melo de Neto donde compara a las nubes con *la mujer que se inclina / en la baranda del sueño*.

*

La construcción del muro, en tanto, crece como una madreselva. Los albañiles están resueltos a todo, incluso, a perder el habla común. Siendo sincero, exactamente no sé lo que busco en estas páginas de *El cielo*, pero una sensación de ingravidez me martilla a descifrar este

desasosiego en las alturas, determinando mis enigmas en la formación de cirros o en la lluvia de aerolitos.

Durante la noche de víspera a la llegada de mi pedido, se desató una tormenta eléctrica, dejándonos sin luz, inundando la casa, derribando árboles sobre el muro. Tras desvanecerse el aguacero, como pude, destapé las alcantarillas, rescaté algunos objetos que la corriente arrastró hasta el jardín, reparé, con algunas cubetas, un desperfecto en el tejado y volví al dormitorio, exhausto.

Estaba en duermevela, pensando en los gastos de la construcción, descansando de mi reciente lucha contra la tempestad, soñando un caballo a la orilla del cielo, cuando de golpe me despertó un estruendo, agudísimo. Sin pararme de la cama empecé a definir los ruidos que sucedieron al estrépito inicial: una suerte de chillidos, un barullo de hojas, un batidero de alas. A mi lado, inmutable, Helena dormía como dentro de un féretro cubierto de manzanas. Me puse la bata y las pantuflas y bajé al jardín con una linterna. Lejos de experimentar miedo me sentí poseído. Con extraña disponibilidad abrí la puerta del traspatio y caminé hasta el pie del muro, hacia el ojo de aquel impensable huracán. Revolcándose entre la hojarasca del sauce, un loro gigante se desangraba tras impactarse contra la muralla. Entre aquella turbamulta ensordecedora, creí, por un momento, escuchar unas palabras. Enfoqué la linterna hacia ese hervidero de plumas, de sangre, y distinguí que decía, resollando: *"mi corazón sueña mientras tú duermes.*"

*

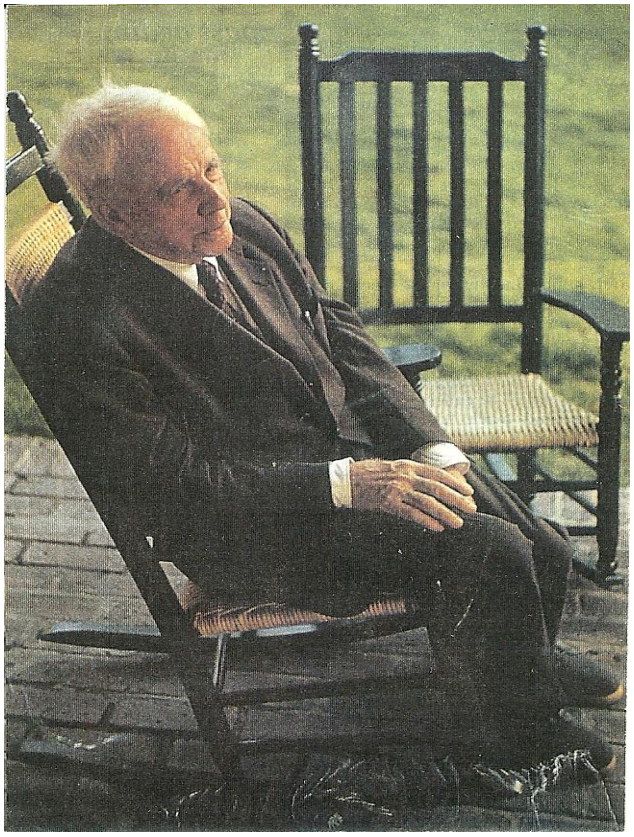
Amor me dice al oído: mi destilería doblega tu alma. Me pide niebla de bosque. Yo a veces le pido aves nocturnas. Me quiere convencer de que es un cerdo muerto. Un día lo vi mirando el agua de un pozo. Una semana después, piando en la mano de un niño, comía granos de sorgo.

*

Mandé colocar una argolla en el muro. Ni pondré un reloj de sol ni colgaré una cabeza de toro. Lo que deseo ahora es atar un caballo: colérico entre un cúmulo de moscos, manso como un hilo de agua. Dominado de la armella, su brida es la prolongación de un relámpago en una isla amarilla. Paso sobre su crin un cepillo. Paso por su lengua un terrón de sal. Lo que deseo ahora es montar el caballo. Seguir las tormentas. Alcanzar la noche.

*

Visito a Robert Frost. Desde la colina verde que está frente a su casa en New England, lo veo: sonríe como si estuviera frente a un nido. Al llegar al *hall*, antes de saludarnos, me dice: el sol de esta mañana tiene algo de guitarra sobre un pajar.



Robert Frost, *Cambridge, Mass., 1958.*

*

Han pasado tres días de aquel encuentro nocturno. Repaso las páginas de mi libro en busca de una posible explicación. El loro entraba en la muerte dejándome un silogismo. Entre capítulos dedicados a las auroras boreales, la nomenclatura de nubes, la teoría de colores de Newton a propósito del arco iris, desisto poco a poco de mi empresa. Sin embargo, previo al capítulo inicial, titulado: "El observador tirado sobre un pastizal..." aparece una cita que dice:

El que se den unidamente el respiro y la visión, y no como simple posibilidad sino en el acto, es ya un alto, puro cielo.

María Zambrano

Me seduce, me turba la transparencia de estas palabras. Una mañana en Valle de Bravo sentí lo mismo. Miraba en el estanque un cardumen de truchas devorar las migas de pan arrojadas por los paseantes. En sincronía, un hervidero de pájaros planeaba sobre la superficie líquida donde flotaba el alimento común.

Respiro y visión se parecen tanto a *pájaros y peces*. También me suenan familiares a *sueño* y a *corazón.* Aquella mañana en el estanque, aquella noche en el jardín, el horizonte ardía. Algo similar sucede con el párrafo de María Zambrano. Una corazonada me indica que en esta frase está latente una aparición.

*

El ojo de la belleza es unívoco. En su recepción liminar todo sedimento de conciencia es mímesis. Dominada la memoria, el cortejo del observador modula un lenguaje. ¿Para invocarla? No, más allá de la simulación, el lenguaje de la belleza consumado prevalece como presencia.

QUINTA PARTE

Para Eduardo Milán

Ruego al cielo por los reunidos en la entraña ardiente de un sauce, rendidos en el deslumbramiento, con la boca escurriendo sangre como un tonto monólogo, la chamusquina en un tenor que lastima el olfato del paseante, las brasas esparcidas sobre sus cuerpos, vertiginosas y azules como los ojos de las libélulas. Aferrado a sus amos está un perro. Ante el fulgor del rayo se ha quedado ciego. Su pelambre supura una sustancia blanquecina salpicada de hollín. Ahora, imbécilmente, mueve la cola. Seguramente cree guardar un rebaño de ovejas, orgulloso, sobre una colina de trébol. Tarde o temprano sus nervios contendrán el dolor, la orfandad, el miedo.

Como si compadeciera la desgracia del perrito, recargada en el tronco hay una muchacha con un ramo de flores de San Juan, intactas, seguramente olorosas. Su rostro violáceo expide un vaho oscuro como un enjambre de mosquitos. A esta hora hay un centenar de curiosos. Una ambulancia ha llegado al lugar de los hechos. La sirena suena en todo el campo. Los camilleros bajan, impolutos. Sus batas, sus guantes, sus sábanas parecen la prolongación de una nevada. Reticentes a las ceremonias, envuelven con bolsas negras los cuerpos segados por el relámpago. Como llegaron se marchan. Desaparecen ese rastro abominable. Ni el aborto de una adúltera conmueve tanto a la chusma.

Cuando todos se han marchado, una parva de niños capitaneados por mi espíritu percibe el lamentable ladrido del perro. Chilla como una rata en el agua. Nos armamos de un arsenal de piedras y se las arrojamos a mansalva. Ante el primer embate trata de huir, pero luego, se enrosca en su propio cuerpo. Hasta agotar nuestros guijarros, con el brazo entumido, gritando como una turba de pieles rojas, lo atamos del cuello con un alambre de púas. Después de un largo paseo por el campo, de zambullirlo en un pozo de agua, de hacerle tragar un bisté con vidrio molido, exhaustos, lo amarramos a la defensa trasera de un autobús de pasajeros, momentáneamente detenido, en un cruce de caminos.

Horas después me separo de mis cómplices. Con el cuerpo adolorido me tiro sobre el pasto mojado y cierro los ojos. Aunque no las veo siento el paso de las nubes en mi rostro. Siento también, y no puedo hacer nada, una nariz húmeda y fría en mi cuello, una dentellada atroz que me corta el aire.

Si no quieren creerme, vayan allí, y vean, y pregunten.

Sobre la almohada de Helena dejé este escrito. Desde entonces, sus ojos me rehuyen. Bajo un cabo de vela, sorbe todos los espíritus de un libro de Leibniz. Parece beber la yugular de un carnero. Parece soñar la oscuridad de una piedra blanca.

*

Busco tus ojos
Donde abunda la sal y la noche.
Ciego de no oírte
Te busco donde nunca has estado.

(a)

Una y otra vez un ciervo se estrella contra nuestro muro. Con la cornamenta astillada, el hocico sangrando, su heroísmo arde para consumirse. Cuando el eco del último embate se desvanece, detrás de la pared se escucha un violín en medio del arroyo.

(b)

Hasta la casa llega la pestilencia del venado. Vacío un sifón de gasolina sobre su cuerpo larvado y le prendo fuego. De pronto, una vigorosa llama surge, se extiende hasta el pie del muro, y estalla contra las piedras. Cuando mueren las brasas, detrás de la pared se escucha el jadeo de un muchacho, el balido de una oveja.

(c)

Días después de la quema del cadáver vuelvo al lugar de los hechos. *Un encono de hormigas* ha surgido entre las cenizas. Llevando fragmentos de carne chamuscada trepan la tapia. En el trajín de insectos, reconozco un ojo del cervatillo cargado como una deidad. Cuando la última de las hormigas desaparece, escucho detrás de la pared, un cuerno de caza y la arenga, ¡tras el ciervo!

Escribir desde la ceguera,
ávidos, desde el sol insomne
varado en un sauce blanco
al que los muertos, como niños,
arrojan piedras. ¡Ayúdenme
musas! no sé que se me pierde
cuando digo: *la poesía*
me dispone para el diluvio.
Escribir desde la ceguera,
loco de mí, bajo el graznar
de los cuervos.

*

Si miras nubes en un charco de agua,
en tus ojos reposa una parvada.
Respira hondo, respira el sol ardiente.
Si miras más adentro, en lo profundo,
entre un brillo de escamas, piedras, lodo,
encontrarás un cráneo de toro.
Sé que no quieres verlo porque duele
observar el pasado. Yo te busco
ahí, en lo que se ha ido. Mi presente
tiene muy pocas nubes. Mira el cielo
otra vez, la parvada que dormía
en tus ojos ahora busca un bosque.
Eres tu propio deseo y no lo sabes
Arde ahí, luego búscate en el agua,
puerta al vacío, donde un toro negro,
ahora mismo, borra con sus belfos
lo que has mirado toda la mañana.

*

Sobre una colina he instalado un observatorio meteorológico. Llamarlo así, para Helena, es mucha presunción. Es tan sólo un cobertizo de palma. Coloqué sobre un mástil una veleta en forma de tortuga. Algún día, en el vértice del techo pondré un anemómetro para registrar la velocidad del viento. Por ahora dispongo de un viejo barómetro, una colección de termómetros, un higrómetro, una libreta de contabilidad y una caja de colores para pintar nubes. A la intemperie, para las mediciones de lluvia, tengo desde hace una semana, un pluviómetro. En mis planes está también, un termógrafo con sus rollos de papel graduado, girando con un lento tictac de relojería, contra un plumín oscilante.

Sobre una tabla de madera y con una brocha empapada de pintura, Helena ha puesto nombre a mi observatorio: *cebo de huracanes*.

*

Ojos cerrados para oír la noche.
Lo que calla te dice: sé una puta.
¿Oyes su lengua muerta? No los abras.

*

Donde el ciervo ardió para esfumarse, esta mañana me encontré un sátiro. Aunque me vio se hizo el desatendido. Primero fingió limpiar su flauta, luego, empezó a espulgar la pelambre en pos de una garrapata roja. Exasperado, y clavándome sus ojos, por fin rompió el silencio. Me dijo, literalmente: quiero un coño menstruando.

*

¿Mi semen y tu sangre cuántas veces
lloran su misma muerte? ¿Desde cuándo
se han encontrado y fingen conocerse?

*

Días después Helena se topó al sátiro llorando junto a un arroyo. Le confesó que quería impresionarme. Si hubiera sido sincero como la *lluvia que cae de cabeza sobre el campo* me habría pedido un pastor ciego. Helena quiso cambiar la conversación ofreciéndole una lechuga. Lo que le apetecía era un guardador de rebaños, volvió a insistir, ciego para soñar desnudos sobre la hierba una gota de agua.

*

Si contienes la emoción
-pájaro sobre una piedra
descubre, así, brotando
la ceguera:
agua del verbo,
campo verde,
huesos de niño.

*

Despertamos con la noticia de la guerra. *La complacencia de la bata, el café muy tarde, y naranjas en una silla al sol* nos detenía a pensar que era una broma, un anuncio para una nueva marca de cigarros. Pero no. Los primeros misiles habían sido lanzados. Más tarde, uno de ellos derribó un hermoso minarete que construí en un ángulo de la muralla.

A la mañana siguiente, empezó a llover a cántaros. Con un impermeable con capucha, botas de bombero, salí al observatorio para realizar mis mediciones. Algo extraño estaba ocurriendo. Hice mis anotaciones y con la resignación del mundo regresé a casa.

*

Mírame sabiéndome muerto.

"Allá, el otoño es música."

Como a un pez, déjame entrar en tu sueño.

*

Me siento junto a la chimenea. Observo el fuego jugar una ronda de niños. Para romper el ocio abro mi libro. Bajo una predecible fatalidad busco en sus últimas páginas. Después de un capítulo minucioso sobre la lluvia radioactiva, el autor cierra esta parte con unos versos de Charles Dobzynski:

Claridad en la sombra, relámpago en el humo,
Carne en la carne y calor en el hielo: una vida más allá
de la nada comienza a germinar.

*

El fin del mundo suena fatal. Acabará en fuego.
Acabará en hielo. ¡Qué lo decida una ronda de niños!

Mira, los ves.
¿Qué pasa allá? Parece una parvada de cuervos.
Qué hermoso es un plumaje mojado. Nunca he visto
un cuervo parado en una veleta. Ojalá uno se detuviera.

¡Ahora escucha!

San Juan dijo, o así lo entendí, que la disponibilidad
no es otra cosa que un abismo, y que una puerta abierta,
o quizás un corazón sobre un plato,
son finalmente un nudo
ciego.
¿Qué pasa con los cuervos?
Se han parado sobre el muro.
¡Hermosa la sabiduría que deja mirarse!
Me gusta
esa frase.
Suena exuberante.

La dimensión del muro,

el tono de los cuervos,

el ámbito del aguacero,

conciben un dominio, un lujo de fuerza,

la eficacia de los signos sobre la naturaleza de los elementos.

Bueno, aunque también un caballo mojado nos entrega su espíritu. Siento un ojo de agua en mi coño cuando paso mi mano sobre su grupa empapada. Meto mi rostro en sus crines y aspiro hondo: *olor de cópula de alacrán, sabor de novena polveada con tizne, visión de un pubis de bruja, sonido de nubes que chocan contra una parvada, sensación de tocar con los labios un cuello de caballo.*

Lo que ha de venir

tendrá una víspera.

Una tarde sentado en la barra de una cantina me reconocí.

Tardé más de treinta años en dar conmigo.

Yo era mi deseo.

¡Cierra la puerta! ¿A dónde vas?

¡Vamos al jardín! Deja de picar cebolla con la filosofía.

¿Por qué te quitas la ropa?

El mundo empezó así.

Ahora una serpiente de agua

caerá sobre nosotros.

¡Deja en paz ese ganso¡

¡Anda, ven a mojarte conmigo!

Las serpientes de cielo están formadas de agua, granizo y viento. Existe la creencia que un niño *de brazos* puede matarlas. Con la ayuda de alguien, una anciana virgen es lo recomendable, se persigna con un cuchillo repetidas veces. Sus movimientos, como los de San Jorge, son estocadas, tajos certeros sobre el reptil. Poco a poco, la serpiente sucumbe: su cuerpo ha sido cortado en fragmentos que aún, como la cola de una lagartija, se debaten hasta desvanecerse.

¡Vrrrr...¡ ¡Qué fría es el agua del fin del mundo!
Hay que hacer algo para entrar en calor.

De niña jugaba

a formar parejas. Verás que es divertido:

Una hoguera con un caballo, la prudencia con el relámpago,
el insomnio con un hormiguero, la rosa con la rosa,
el miedo a la oscuridad con la crianza de palomas,

una pecera con un general dormido, la verdad con un baño ocupado,
una boda con un platanar,
el silencio conmigo.

¡Mejor aquí paramos!

¡Mira¡

Los cuervos levantaron el vuelo.

Uno se quedó en el
muro.
Parece no importarle que lo demás se hayan marchado.

¿Podríamos adoptarlo?

Les gustan los fetos,

los campos de maíz anegados,

el sol bajo la tierra.

¡Ah¡

Cómo me gustaría ver el sol

rodar entre el verdor de la arboleda.

Dormirme con él en un pastizal.

Asustarlo con un colibrí.

Dejarle ver la luna con mis ojos.

¿Cuánto falta?

Apenas empezamos. Cierra los ojos. Siente la lluvia en tus párpados. Sacudo un árbol cargado de langostas. Hago llover en la lluvia sobre un nido de petirrojos, sobre el sol de las oraciones que nadie oye.